



Revista Espiga

ISSN: 1409-4002

revistaespiga@uned.ac.cr

Universidad Estatal a Distancia

Costa Rica

Menjívar Ochoa, Mauricio

De vacíos, silencios y posibilidades. Paternidades en Centroamérica en los albores del
siglo XXI

Revista Espiga, núm. 12, julio-diciembre, 2005, pp. 85-100

Universidad Estatal a Distancia

San Pedro de Montes de Oca, Costa Rica

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=467846085006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

De vacíos, silencios y posibilidades. Paternidades en Centroamérica en los albores del siglo XXI

Mauricio Menjívar Ochoa*

RESUMEN

El artículo procura un análisis comparativo sobre la paternidad en Centroamérica.

* Salvadoreño-Costarricense. Sociólogo, M.Sc. en Ciencias Políticas. Actualmente cursa el Doctorado en Historia por la Universidad de Costa Rica. Ha ganado una beca Regional del DAAD y una beca de Estadía Corta de Investigación en Alemania de la misma institución. Ha sido miembro de varios Colectivos de Hombres y del Foro Permanente de Estudios sobre Masculinidades en Costa Rica. Ha sido Jefe de Investigación del Instituto de las Mujeres de Costa Rica, y profesor de la UNED. Posee varias publicaciones sobre masculinidad, paternidad y movimientos sociales. Dirección electrónica: mauriciomenjiv@hotmail.com

Rec. 24-10-05 / Acep. 28-9-05

Tomando como eje de discusión el tema de la "paternidad irresponsable", busca realizar una caracterización del problema en la Región, así como analizar algunos de los factores que permitan avanzar hacia una mejor comprensión. Para ello discute la forma de ejercicio de la sexualidad masculina y sus consecuencias sobre la paternidad, las contradicciones existentes en el mandato de la proveeduría y el impacto negativo que posee la disolución de las relaciones de pareja sobre una paternidad más involucrada. Así mismo, llama la atención sobre la necesidad de hablar de paternidad en plural (paternidades), como vía para evitar visiones simplistas y potenciar formas más involucradas de ser padre.

PALABRAS CLAVE

Paternidad, masculinidad, proveeduría, comportamiento sexual, Centroamérica

ABSTRACT

The article makes a comparative analysis on fatherhood in Central America. By considering "irresponsible" fatherhood practices the primary topic of discussion, the article aims to describe the problem in the Region, and analyzes some of the main factors fostering a better understanding. By doing so, it discusses the men sexual practices and their consequences on fatherhood, the contradictions on the economic commitment and the negative effect the dissolution of relationships have on a more devoted fatherhood. It also refers to the need of considering fatherhood in plural (fatherhoods) in order to avoid simple views and foster more devoted ways of being a father.

KEY WORDS

Fatherhood, Manhood, Economic Commitment, Sexual Behavior, Central America

INTRODUCCIÓN

Desde hace más de una década, el posicionamiento en la agenda pública de lo que se dio a denominar la “paternidad irresponsable”, generó una serie de iniciativas de diferente tipo en la región centroamericana.¹ Una de estas iniciativas ha sido la ampliación del conocimiento existente y, quizá lo más interesante, es que la investigación tiende a ubicarse desde la perspectiva de las masculinidades, abriendo una nueva forma de ver el tema.

En este contexto, el propósito de este trabajo, más que hacer un mero recuento de las iniciativas, es el de ensayar una perspectiva comparativa de algunos de los trabajos disponibles sobre el tema y a partir de la evidencia y argumentos propuestos por estos estudios, continuar la tarea de avanzar hacia una mejor comprensión de las diversas formas que asume la paternidad o, más bien debiera decirse, las paternidades (así, en plural).

1. En este posicionamiento y en estas iniciativas, ha sido clave el papel jugado por los movimientos de mujeres.

La preocupación que cruza nuestro artículo es aquella relativa a lo que algunos denominan “paternidad irresponsable”, tratando de explicar sus características y dimensiones, cuando esto es posible, y procurando aclarar el trasfondo cultural que subyace en estas prácticas. También, procuramos plantear contrapuntos analíticos, que nos permitan una visión más completa y menos maniquea del problema.

Como base documental, hemos recurrido a una serie de estudios producidos, principalmente en la Región Centroamericana en los últimos ocho años. Los estudios de José Olavarría para el caso chileno, nos servirá como elemento comparativo con la región. Debe señalarse que el material es desigual en sus resultados, pero muchas veces con puntos de partida confluyentes. Posteriores aproximaciones seguramente se producirán, contribuyendo a perfilar aún mejor el tema.

Sexualidad demostrativa y paternidad

Un factor de especial interés en los estudios sobre paternidades es el del comportamiento sexual. Es común denominador en Centroamérica y Chile, que la demostración de la virilidad por

la vía sexual se encuentra en constante tensión con lo que muchos han denominado como “responsabilidad paterna”. De este binomio los resultados no siempre son monocromáticos en cuanto a la respuesta masculina.

Un primer aspecto por destacar es que una proporción no poco significativa de hombres escinde su práctica sexual de las consecuencias que ésta tiene sobre la progeneritura, trasladando la responsabilidad a las mujeres. Una investigación exploratoria que realizáramos en Costa Rica con hombres mayores de 18 años, corroboraba el criterio bastante conocido de que una parte de la población masculina (10% de nuestros entrevistados) consideraba que el hombre no debe hacerse cargo de los hijos e hijas que nacieran de una aventura sexual. Así mismo consideraban comprensible que aquellos que no amaran a la madre de su hija o hijo, no se hicieran cargo de su paternidad (Menjívar; 2002:50-51).

En la dirección anterior, un estudio de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) sostiene que en El Salvador, los hombres tendían a realizar una vinculación entre sexualidad, matrimonio y reproducción, mientras que separaban el placer de la procreación; el resultado es que:

La doble moral actúa (...) para culpabilizar a aquellas mujeres con las que se establece relaciones extramatrimoniales y para dudar de la paternidad en caso de un embarazo, pues el matrimonio constituye el vínculo único que asegura a los hombres la paternidad sobre sus hijos y el control de la sexualidad de la mujer (González; 2001:17).

En Nicaragua, según la misma iniciativa de la CEPAL (Montoya; 2001:10) se detectaron testimonios en un sentido similar entre jóvenes, aun a sabiendas de su responsabilidad en la gestación. Uno de ellos apuntaba:

Si ahorita dejo embarazada a la mujer, no podría hacerme cargo, me correría, diría que es de otro.

Otro de ellos sostenía:

Si ella va a hacer el amor conmigo sin conocernos, ella se tiene que cuidar. Si hago el amor con ella y después me va a decir que está preñada (embarazada), no tengo por qué asumirlo.

Esta misma situación ha sido captada por José Olavaria en comunidades de Santiago de Chile para el caso de varones adolescentes. El comportamiento sexual de estos

se encontraba también asociado con la negativa de asumir las consecuencias de su sexualidad, lo cual respondería, según este autor, a la forma en que el adolescente concibe su propio cuerpo y el de la mujer. Por una parte se deben satisfacer los requerimientos y deseos de su cuerpo de varón, acordes con su "naturaleza" y por otra, se transfiere la responsabilidad a la mujer pues es "ella es la que debería cuidarse de un posible embarazo, es su cuerpo" (Olavarría; 2001:136).

Otros autores han encontrado variantes de este mecanismo de evasión: un estudio en Costa Rica, realizado por Carlos Garita (2001: 91-92) con adolescentes, apuntaba a que en el grupo de los varones entre los 15 y los 19 años, pertenecientes a comunidades urbano populares de San José, se tendía a trasladar la responsabilidad sobre la gestación y crianza, no solo a la mujer (presumiblemente adolescente como ellos), sino a los padres de esta, por no cumplir adecuadamente su papel de custodios.

No obstante, el panorama a este respecto no es monolítico. En el caso de la población adolescente de Santiago de Chile, los estudios exploratorios han encontrado que si bien los adolescentes consideraban que "para ser hombre hay

que conquistar, poseer una mujer, penetrarla", al mismo tiempo y en contradicción con este mandato, pensaban que debían hacerse cargo de "proteger a su mujer e hijos". De ahí que se debatieran "entre el deseo, la presión de los otros [para que cumplieran sexualmente hablando] y el temor de que la joven quedara embarazada y el obligado con ella" (José Olavarría; 2001:136).

En la comunidad de Rincón Grande de Pavas, Costa Rica, aunque funcionando bajo la misma concepción relativa de la demostración compulsiva, algunos de los adolescentes, procuraban más bien resistir a las presiones que los apelaban a no asumir su paternidad. Estos se oponían a sus familias (sobre todo al padre), a sus amigos y en algunos casos a sus compañeros de trabajo. Así, triunfaban, al menos momentáneamente, en el mandato muy posiblemente en buena parte gratificante, de asumir la "responsabilidad" paterna que, en definitiva, significaba jugar un papel de proveedor y protector. De esta manera respondían a otra sección del mandato de la masculinidad hegemónica: no el de la huida, sino el de la permanencia. (Calderón y Muñoz; 1998). En Nicaragua uno de los entrevistados, cuyo testimonio hemos presentado más arriba, hacía clara

distinción entre su novia -en el caso de que esta fuera virgen- y otras mujeres con las que mantenía relaciones sexuales. En el primer caso si asumiría, sí se haría responsable por su hijos, pero en el otro caso “no tenía por qué” hacerlo (Montoya; 2001:10).

En suma, por una parte, y aunque los argumentos varíen de país a país, existe entre una parte de las poblaciones masculinas una serie de elementos culturales que trasladan la responsabilidad de la crianza a las mujeres. Estos mismos mecanismos les exigen a ellos de cualquier responsabilidad sobre su sexualidad y, aún más, de la crianza de sus hijos e hijas. En otro segmento es posible detectar que si bien funciona igualmente la necesidad de demostrar la virilidad, existe una cierta congruencia con el mandato de asumir la “responsabilidad” -por lo general concebida como económica- sobre los hijos.

Proveeduría: contradicciones en el cumplimiento del mandato

En efecto, la noción de “responsabilidad paterna” ha estado fuertemente asociada, desde los imaginarios culturales, al padre proveedor (ver Menjívar, *et.al.*, 2002; Gomáriz,

et.al., 2002). Permanecer como proveedor, no obstante, tiene otra serie de importantes matices con concreciones diferenciadas. Al menos buena parte de los adolescentes de sectores populares en Santiago de Chile, en el estudio de Olavarria (2001), comenzaban a asumir desde temprana edad responsabilidades de proveeduría, ya fuera por su interés o por la demanda de sus familias. Otro tanto ocurre en Costa Rica (Menjívar; 2002), como seguramente en otras latitudes. Así, cuando sucede el embarazo y la paternidad, ya se encuentran incorporados al mercado de trabajo, por muy precario que sea. En esta perspectiva, la paternidad resultaba para muchos de los santiagueños, una gratificación y una forma en que su vida cobraba sentido.

Sin embargo, mientras que para muchos hombres la proveeduría es un mandato incuestionable, para otra parte no pareciera ser un asunto automático. La desconexión del mercado de trabajo es para algunos, un factor que hace de la paternidad y la proveeduría un asunto frágil.

Efectivamente, en Costa Rica hemos encontrado a un segmento de hombres jóvenes y adultos aceptando la afirmación según la cual una mayor cantidad de dinero lle-

vada al hogar hace de los hombres mejores padres, o puesto en sentido negativo, considerando que el hombre que no tiene trabajo no es un buen padre. Entre estos hombres (8,4% de los entrevistados) se encierran una fuerte equiparación entre proveeduría y paternidad, que convierte a ambos términos en sinónimos. Siguiendo esta lógica patriarcal, para los entrevistados no tiene sentido hacerse cargo de sus hijos cuando los hombres no pueden cumplir con el mandato de la proveeduría, de ahí que algunos considerasen que estar sin empleo era una buena razón para que los hombres no vieran por sus hijos (Menjívar; 2002:50).

En este mismo sentido, Muñoz y Calderón encontraron en su estudio sobre embarazo adolescente en comunidades pobres en Costa Rica, que "asumir la paternidad es problematizado por las dificultades que encuentran los adolescentes para ejercer su papel de proveedores y protectores", pues el temor de no poder asumir adecuadamente este encargo "provoca que los hombres prefieran evadir su responsabilidad antes de enfrentarse al fracaso" (Muñoz y Calderón 1998:129). Respuestas muy similares se han encontrado en Honduras (Rodríguez; 2001:22-23).

En otros casos los adolescentes de sectores populares costarricenses, ante su dificultad de asumir "adecuadamente" el mandato de la proveeduría debido a las precarias condiciones laborales, tenían que renunciar a formar un hogar independiente y vivir por lo general con la familia de su compañera o en la propia. Esto significaba para ellos una lesión en la autoestima masculina y en la imposibilidad de convertirse en un padre suficientemente legítimo (Muñoz; 1999:80).

En su estudio ya citado, Olavarría ha desplazado su mirada a adolescentes de sectores sociales medios y altos de Chile, para mostrarnos la importancia que adquiere la estratificación social en las formas diferenciadas de concebir la paternidad. Para estos adolescentes, la paternidad "significa, muchas veces, poner en riesgo su proyecto de vida". En este proyecto, se hacían patentes las metas de los padres de estos adolescentes, quienes contemplaban el estudio y no el trabajo temprano, ni mucho menos la paternidad, dentro de los horizontes de posibilidades de sus hijos varones. En algunos testimonios, se ha detectado que los padres ofrecen a sus hijos varones la interrupción del embarazo (Olavarría, 140).

Para una parte de estos adolescentes de sectores acomodados, el nacimiento de un hijo no significaba asumir necesariamente la paternidad. Mas bien se produce lo que Olavarría denomina como “moratoria [o postergación] en asumir plenamente la paternidad y la responsabilidad de pareja por no sentirse maduros para mantener una convivencia permanente y por la presión de los padres de que primero terminen los estudios” (Olavarría, 2001:142). Así, los padres de estos adolescentes apoyan a sus hijos para que terminen sus estudios, muy seguramente asumiendo en gran parte a sus nietos.

Una comparación a partir de lo anotado permite realizar una afirmación básica: la forma que asumen los proyectos de vida en la adolescencia en relación con la paternidad es ciertamente diversa, no solo dentro de los sectores populares, sino entre estos y los sectores económicamente acomodados. Las redes de apoyo de los adolescentes, y su condición socio-económica produce diferentes resultados. En otros casos, las dificultades en la inserción laboral y en los logros monetarios, vuelven frágil asumir este mandato, no solo entre jóvenes sino entre los adultos mismos.

Los casos de países donde la migración a otros países por motivos económicos es significativa, como por ejemplo Nicaragua, El Salvador y Honduras, pone un nuevo contrapunto a lo dicho. El caso Hondureño ha sido bien ilustrado en uno de los estudios de la CEPAL. Según lo expresa Javier Rodríguez, consultor para este país:

Según estimaciones sobre la migración de hondureños, cerca de 600 000 personas han abandonado el país, de las cuales casi 75% son hombres, y en su mayoría padres. Desde el extranjero envían remesas de dinero para ayudar económicamente a la familia que han dejado atrás. En Honduras se calcula que por remesas ingresan al país alrededor de 1000 millones de dólares, o sea, aproximadamente la cuarta parte del producto interno bruto.

De acomodados y reacomodados: ruptura de pareja y reconocimiento

Así, pues, un aspecto que resulta clave para entender las diversas formas de involucramiento paterno o lo que otros prefieren llamar “paternidad responsable”,

así como las formas que asume la “irresponsabilidad” es analizar, precisamente, la diversidad de la experiencia paterna y sus contextos. Uno de los elementos que incide de manera decisiva es el que alude a las rupturas de pareja así como al reconocimiento paterno.

Para el caso de Costa Rica, siguiendo el testimonio de los propios padres, indagamos sobre cómo se relacionaban los hombres con sus hijos, dependiendo si estos eran también hijos de la pareja en curso (al menos la que ellos consideraban como tal) o de si se trataba de hijos de otras parejas (Menjívar y otros, 2002:93 y subs.). El tipo de relación fue analizada a partir de tres factores: aporte económico, frecuencia con la que veían a sus hijos y tipo de actividades que realizaban. Gomáriz y otros (2002), encuentran evidencia similar al caso costarricense en su estudio sobre El Salvador y Nicaragua. Estos autores analizan cómo el afecto y el apoyo económico es brindado a hijos reconocidos y no reconocidos, y a hijos que viven con sus padres y a hijos de padres separados.

En el caso de Costa Rica pudimos captar que la tendencia a no aportar económicamente es mayor en el caso de hijos no cubiertos por la actual relación de pareja.

En estos casos el aporte era considerablemente menos constante e incluso inexistente en algunos casos (Menjívar y otros, 2002:96-99). El estudio de Gomáriz y otros, encontró que en El Salvador y en Nicaragua, respectivamente el 86% y el 82% de los hijos reconocidos recibían apoyo económico de sus padres mientras, y que (también respectivamente) sólo el 31% y el 28% de los hijos no reconocidos estaban en esta misma condición. De igual manera, “...el apoyo económico paterno desciende considerablemente cuando se trata de padres separados” (Gomáriz y et.al. 2002:226).

Por otra parte, en nuestro estudio para Costa Rica, al examinar la frecuencia como que los padres veían a sus hijos e hijas menores de edad, resultó ser que la gran mayoría de los hombres entrevistados (entre el 81% y la totalidad) veían a sus hijos e hijas a diario casi a diario cuando eran de su relación de pareja en curso. En el caso de los hijos de otras relaciones fue notorio encontrar que entre un 25% y un 42% de los entrevistados los vieran cotidianamente.² El resto de los entrevistados veía o visitaba a sus hijos de manera mucho

2. En este caso no indagamos suficientemente si se trataba de hijos que vivían con él o si era parte de su dinámica cotidiana verles.

más espaciada: algunos de una a tres veces por semana, mientras que otros cada tres o seis meses e incluso más (Menjívar y otros, 2002:99-103). Es decir, la distancia era considerablemente mayor con aquellos no amparados por su relación de pareja en curso.

Por otra parte, en cuanto al tipo de actividades realizadas, los hombres entrevistados señalaron una mayor cantidad de actividades, así como combinaciones de estas, en el momento de describir lo que hacían con los hijos e hijas de la relación de pareja en curso. Existían tres tipos de actividades que los hombres principalmente realizaban con estos: en primer lugar, y preponderantemente, los hombres se dedicaban a la recreación y al juego (ir al parque, salir de paseo, jugar fútbol), seguidos por la conversación y otras muestras de tipo afectivo. En este grupo se encontraban especialmente los hombres con hijos e hijas que ya no eran bebés.

En segundo lugar, otros hombres señalaron que daban muestras de tipo afectivo a sus hijos e hijas de la relación en curso, especialmente a los niños y niñas recién nacidos o de muy corta edad. También desarrollaban otros juegos, acordes con tales edades. En tercer lugar habría que señalar que eran

muy pocos los hombres que desarrollaban actividades de cuidado o reproductivas (cifra que apenas alcanzaba el 12% de los entrevistados), cuando se trataba de los hijos e hijas mayores aún cuando fueran menores de 18 años. Esta proporción ascendía al 18% cuando se trataba de los segundos o segundas hijas y al 25% con los terceros o terceras hijas, es decir, de menor edad que los anteriores.

Esta situación cambió considerablemente cuando nuestros entrevistados describieron lo que hacían con los hijos e hijas de otras relaciones. Efectivamente, con estos últimos hijos e hijas, una mayor proporción de los hombres desarrollaba fundamentalmente un solo tipo de actividad, siendo nuevamente mayoritarios la recreación y el juego. Otra parte significativa privilegiaba la “conversación” como forma de relacionamiento. Otros hombres, sin embargo, no fueron tan específicos al señalar las actividades y simplemente señalaron que “pasaban tiempo juntos”, su hijo o hija y él, lo cual podría develar la escasa riqueza de la relación.

Si se combina el indicador relativo al tipo de actividades que los hombres realizan con sus hijos/as con el que mide la frecuencia de los encuentros, puede seña-

larse que las prácticas de involucramiento paterno con los hijos e hijas de otras relaciones tienden a ser menos comprometidas que con los hijos e hijas de la relación en curso. Esto se acentuaba aún más al considerar que el aporte económico para la manutención de los hijos e hijas de esas otras relaciones también era menos constante o, en algunos, casos inexistentes (Menjívar y otros; 2002:104-105).

Para el caso de El Salvador y Nicaragua, Gomáriz y otros señalan que "todo parece indicar que la gran mayoría de los hijos que viven con sus padres reciben afecto y apoyo económico. Puede estimarse en una cifra que no alcanza el 20% [continúan estos autores] de los hijos que viviendo con sus padres no reciben alguna de estas atenciones paternales básicas". Diferente resulta para los hijos de padres separados, pues sólo la mitad recibe "las atenciones de sus padres, mientras la otra mitad no recibe alguna de ellas" (Gomáriz y otros; 2002:227). El caso Hondureño también apunta en esta misma dirección. Según Rodríguez (2001:24), citando un estudio de la Secretaría de Salud y la GTZ, señala que, en contraste con los hijos que viven bajo el mismo techo, aquellos "que residen en un hogar distinto al de su padre, a menudo reciben

menor o nulo apoyo económico de este y menor atención de sus necesidades personales"

Así, los diferentes casos reseñados apuntan con claridad a que la ruptura de relaciones de pareja repercuten negativamente en las posibilidades de una paternidad involucrada. Creemos que esta es una tendencia que se acentúa cuanto más crece la brecha temporal de la separación y cuando esto también confluye con una nueva relación de pareja de la madre de sus hijos. En el marco de nuestro estudio (22,5%) consideraba que el hombre no debe dar dinero para sus hijos cuando la madre ya tenía otra pareja. Como es posible apreciar, el dinero es punto básico del relacionamiento de muchos padres pero, aún más, del conjunto de actores sociales.

Contrapuntos

En efecto, es generalizado notar tanto en los testimonios, como en los juicios emitidos por quienes estudian el tema de la paternidad, un fuerte reclamo a los padres "que la mayor parte del tiempo estaba trabajando, por lo que a pesar de vivir con ellos [sus hijos] era una figura ausente...". Este reclamo va generalmente acompañado de una

comparación contrastante, con el apoyo materno (Rivera y Siciliano; 2003:183; también Montoya; 2001: 14).

Es claro que ello refleja en buena parte el estado actual de las expectativas sobre la paternidad, como bien señala Blanca Valladares:

La paternidad actual se debate en apreciaciones contradictorias, las expectativas de la sociedad son mayores, demandan de los padres más atención y cercanía con los hijos (Valladares; 2003:71).

Esto entraña profundas contradicciones para los hombres, quienes aprendieron su paternidad tal y como la practicaban sus padres y abuelos (Ídem). Esta contradicción ha sido agudamente planteada por Maria Elena Rodríguez y Luis Lázaro:

...por una parte, se sigue considerando a la proveeduría, tanto por hombres como por mujeres, como el valor fundamental de la paternidad y del ser hombre, pero simultáneamente ésta [la proveeduría] se ha convertido en un antivalor asociado al abandono y a la despreocupación por los hijos y por el hogar". (Rodríguez y Lázaro, 2001:19).

¿Cómo lo experimentarán los padres? ¿Cuál será su propio punto de vista? Permítasenos una cita más, esta vez la del canadiense Guy Corneau, quien a nuestro juicio puede servir para ilustrar esta época de replanteamientos y transiciones entre las expectativas externas y las posibilidades internas. Corneau ha señalado:

...muchos de nuestros padres debieron responder a necesidades materiales y, por ende, su conciencia se define en mucho en función de su necesidad de garantizar la supervivencia física. Hablan a través de sus gestos y callan su amor como su dolor. Les cuesta trabajo desprender su individualidad de sus funciones como padre (...) y se sienten torpes cuando les pedimos que expresen sus estados interiores" (Corneau: 1991:13).

En esta dirección, en nuestro estudio para Costa Rica, detectamos que para aproximadamente una tercera parte de los entrevistados (35,3%), resultaba de gran relevancia en la definición de ser un buen padre llevar el dinero al hogar. Ya sea que se lo planteen como primero o segundo factor de importancia dentro de esta definición, para estos hombres era fundamental, "ser responsables", "solventar

las necesidades materiales" o "trabajar", así como "ver por que no les falte nada" a sus hijos e hijas. En este sentido, es imprescindible validar socialmente esta posición y, aún más, abrir otras posibilidades afectivas que redunden en el beneficio mismo de los padres (Menjívar *et.al.*, 2002: 66).

No obstante, también encontramos que otra tercera parte de los entrevistados, definía el hecho de ser un buen padre desde una perspectiva no meramente económica. En sus propios términos esto significaba "dar afecto", "dar un buen trato", "dedicar tiempo a pasar con hijos e hijas", "apoyarles y respaldarles" (Menjívar *et. al.*; 2002:66).

Un último grupo de significados al cual se adhirió aproximadamente la cuarta parte de los entrevistados, giraba en torno a la transmisión de valores y la procura de la formación de hijos e hijas, como partes definitorias del papel que debe jugar un buen padre (Menjívar, *et.al.*, 2002:66).

Igualmente para Nicaragua, Montoya ha encontrado que algunos estudios muestran que "los entrevistados expresan que sus hijos(as) son una fuente de amor y compromiso". En palabras de uno de ellos:

...es bonito ser padre y uno quiere darles amor, estudios, salud y todo eso (PROSIM citado por Montoya, 2001:12).

Para estos hombres nicaragüenses sus hijos e hijas "son una prioridad en sus vidas y la motivación principal de un buen comportamiento, que beneficie a los hijos(as)" (Ídem).

Olavarría, (citado por Valladares, 2003:71) ha encontrado en Chile que los jóvenes padres de clase media alta están replanteándose la paternidad, pasando de una más tradicional a otra que apuntaría a compartir la proveeduría con sus parejas y una participación más activa en la crianza de sus hijos. Avanzarían igualmente a una relación afectiva "más estrecha y afectiva con su pareja y sus hijos". En Costa Rica, hemos encontrado un pequeño segmento de hombres que parecen ejercer su paternidad más desde su propio disfrute que desde los mandatos, encontrando gratificantes tareas de cuidado hacia sus hijos e hijas (Menjívar, *et.al.*, 2002:73). Por otra parte, en Honduras Rodríguez (2001:25) sostiene que "es común encontrar a abuelos, tíos e incluso hermanos mayores sustituyendo al padre en el papel de proveedores y brindando atención a los más pequeños". Este último es un recordatorio de

que la paternidad trasciende la progenitura y puede ser construida por figuras distintas al progenitor.

Tener en cuenta estos “contrapuntos” es necesario pues no resulta difícil crear estereotipos sobre la paternidad, en un momento donde no sólo los hombres, sino también las mujeres, debemos crear una reflexión sobre las características de nuestras paternidades y maternidades, todas ellas regidas por lo que muchos han llamado “patriarcado”.

CONCLUSIONES

Así pues, basados en el caso costarricense, hemos propuesto que la fuerza que adquiere el mandato de la proveeduría es profundamente contradictorio. Ello parece confirmarse en para otros países de la Región. Por una parte, pareciera ser elemento constitutivo de las identidades de muchos hombres; en este sentido como lo revelaba en Costa Rica la Encuesta Nacional de Masculinidad y Paternidad responsable, un 31,2% de los hombres costarricenses considera que llevar el dinero al hogar es una situación que le hace sentir plenamente hombre, proporción que en el caso de las mujeres es de apenas un 8,9% (CMF, 1997:46). En Nicaragua, los hombres “corresponden con la percepción del rol paterno limitado

a proveer y disciplinar” (Montoya; 2001:14). En Costa Rica, como también hemos señalado más arriba, entre algunos existía una equiparación entre ser buen padre y el dinero llevado a los hijos.

Sin embargo, y por otra parte, hemos ido señalando que, aún siendo la responsabilidad, entendida como proveeduría, un elemento constitutivo del ser hombre, lo cierto es que sus concreciones son muy diversas y en ocasiones contradictorias con este mandato de género. Donde más evidente se hace esta contradicción es cuando existe ruptura de pareja o cuando no existe un reconocimiento legal, lo que en algunos casos no esconde otra cosa que la falta de reconocimiento simbólico y efectivo de la paternidad.³

A ello se suma una fuerte tendencia en todos los países a trasladar a las mujeres la responsabilidad sobre la reproducción y crianza de los hijos. De ahí que las concepciones de género relativas al cuerpo, al ejercicio de la sexualidad y a las responsabilidades diferenciadas de mujeres y

3. En otros casos, como el de la unión libre, hemos encontrado que los padres conviven y se hacen cargo de sus hijos e hijas tanto en lo simbólico como en lo efectivo, aún cuando no los hayan inscrito.

hombres jueguen un papel fundamental entre muchos hombres para no asumir su paternidad.

En otros casos, hemos anotado que la incapacidad percibida de asumir adecuadamente el rol de proveedor es para muchos un elemento válido para no asumir su paternidad, mientras que para otros esto no pareciera ser barrera; de ello es testimonio la gran cantidad de centroamericanos que migran a otros países para dar soporte a sus familias.

Por otra parte, existe, a nuestro parecer, una hipótesis que es posible proponer a partir de alguna de las evidencias señalada a lo largo de este artículo. Y es que muchos hombres tienden a relacionarse sin desarrollar vínculos afectivos suficientemente fuertes con sus hijos, pues el afecto se encuentra profundamente fetichizado, es decir, está mediado por el dinero. A esta fetichización del afecto contribuye que muchos hombres no asuman muchas tareas que implican un mayor contacto cotidiano con sus hijos e hijas, como lo son las tareas de cuidado -dar de comer, cambiar pañales, bañar, partici-

par en las tareas escolares, llevar al médico, etc.-(Ver por ejemplo Menjívar et.al., 2002; Montoya, 2001, CMF, 1997). Estas tareas no simplemente cumplen una función reproductiva sino de creación de vínculo afectivo, particularmente en edades tempranas de los hijos.

El resultado final en algunos casos es, precisamente, que el vínculo fetichizado no es suficientemente fuerte si se le compara con aquel que deriva de la atención de otro tipo de necesidades.

Lo anterior podría explicar, al menos parcialmente, porqué cuando se termina el vínculo con la madre de los hijos, se diluye el mismo vínculo con los propios hijos. Tal pareciera que algunos hombres no logran diferenciar su relación con sus hijos de la relación con la madre de sus hijos. Esto apunta a que muchos hombres tienden a ver a sus hijos y a las madres de estos como un binomio del cual ellos son marginales. Muchas de las prácticas sociales tienden a reforzar este patrón. Algunos sostienen, por ejemplo, que el personal médico no involucra suficientemente a los hombres durante el período de embarazo.

No sobra insistir que el ejercicio de pensar en las paternidades debe alejarnos de puntos de partida monocromáticos y maniqueos, para llevarnos a perspectivas más amplias y abarcadoras. Es posible aprender de las múltiples experiencias paternales, pero es claro que los lentes que dirijan nuestra mirada deben estar abiertos a ello.

Aprender la experiencia de ser padres debe ser, por otro lado, no sólo un asunto de “responsabilidad” mecánica. Más bien preferiríamos usar el término involucramiento paterno, para designar la posibilidad de los hombres de implicarse en las diversas funciones paternales. Involucrarse significa a la vez participación y compromiso, “responsabilidad” (en un sentido amplio, no economicista) lo mismo que disfrute. El disfrute paterno es un componente poco tratado y sin embargo medular en la reconstrucción de nuestras paternidades,⁴ aun cuando en muchos casos se tenga que construir desde la precariedad.

4. Una breve discusión la desarrollamos en Menjívar, et.al., 2002: 72 y subs.

BIBLIOGRAFÍA

- Centro de Estudios y Acción Social Panameña, (2001). *Diagnóstico sobre educación reproductiva y paternidad responsable en Panamá*. México: CEPAL
- Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y la Familia, (1997). *Masculinidad, salud reproductiva y paternidad responsable*. Encuesta nacional. San José: Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y la Familia / ByS consultores, septiembre.
- Garita, Carlos, (2001). *La construcción social de las masculinidades. Un reto para la salud de los adolescentes*. San José, Costa Rica: Caja Costarricense del Seguro Social.
- Gomariz, Enrique y otros/as, (2002). *Paternidad irresponsable en Centroamérica*. San José: Fundación Género y Sociedad.
- González, Ricardo, (2001). *Diagnóstico sobre paternidad responsable y propuestas para un programa nacional en El Salvador*. México: CEPAL.
- Instituto de Estudios en Población, (2000). *La población costarricense del Gran Área Metropolitana frente a los tiempos de cambio y los roles entre hombres y mujeres*. Heredia, IDESPO.
- Menjívar Ochoa, Mauricio y otros (2002). *Actitudes Masculinas hacia la paternidad: entre las contradicciones del mandato y el involucramiento*. San José: INAMU.
- Montoya, Ricardo, (2001). *Educación reproductiva y paternidad responsable en Nicaragua*. México: CEPAL.
- Muñoz, Sergio y Calderón, Lucía, (1998). *Maternidad y paternidad: las dos caras del embarazo adolescente*. Costa Rica: Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y la Familia.

- Olavarria, José, (2001). *Y todos querían ser (buenos) padres. Varones de Santiago de Chile en conflicto*. Santiago de Chile, FLACSO-Chile.
- Rivera, Roy y Siciliano, Yajaira, (2003). *Cultura, Masculinidad y Paternidad. Las representaciones de los hombres en Costa Rica*. San José, Costa Rica: FLACSO-Costa Rica.
- Rodríguez, Javier, (2001). *Diagnóstico sobre educación reproductiva y paternidad responsable en Honduras*. México: CEPAL.
- Rodríguez, María Elena y Lázaro, Luis, (2001). *La paternidad responsable en Costa Rica: Una tarea pendiente*. México: CEPAL.
- Valladares, Blanca, (2003). "Maternidades y paternidades: cambios en sus significados y prácticas". *En: Vega, Isabel (compiladora). Pareja y Familia en la sociedad actual: ¿Nuevos Significados y desafíos?* San José, C.R.: Universidad de Costa Rica, Instituto de Investigaciones Sociales.